

Mujeres, Iglesia y secularización: El Monasterio de Santa Clara la Real de Murcia en el tránsito de la Ilustración al Liberalismo (1788-1874)

VILAR, JUAN B. y VILAR, MARÍA JOSÉ

Prólogo de Manuel Revuelta González, Murcia, Editum, 2012, 498 páginas

Presentamos la obra de dos destacados contemporaneístas de la Universidad de Murcia, con una larga proyección investigadora, que ya han ofrecido trabajos conjuntos y que han indagado sobre problemáticas referidas a la mujer. Se enfrentan ahora a una persistente laguna historiográfica, dedicando una aportación nuclear a unas mujeres sin historia. Tal es su sentido último pues, como señalan los autores, no es solamente un libro sobre monjas, que en efecto lo es, sino también y sobre todo un libro sobre mujeres.

Nos ofrecen una innovadora y original visión que va más allá del Monasterio que da título al volumen, que dicho sea de paso, en su género, es el más antiguo y de mayor proyección social en todo el Sureste peninsular. Los profesores murcianos abordan el estudio de la institución monacal femenina en el tránsito del Antiguo Régimen al sistema liberal, es decir el paso de la vida particular a la común, que pone fin a las carencias, privilegios y abusos del monacato femenino tradicional.

Aportan ahora un acabado estudio de género y clase. No pocas vocaciones resultaron forzadas, subrayando la violencia familiar y la marginación femenina. Tales eran los explícitos deseos de favorecer a los hijos varones, posibilitar la dote

de la hermana destinada al matrimonio o privar de su legítima a la potencial heredera por el mero hecho de ser mujer, o incluso en castigo por faltas o deslices ciertos o imaginarios.

El otro eje central, llamado a convertirse en el hilo conductor de la monografía, es la radical división social bajo el amparo de la regla conventual. La dote de mil ducados, exigida para ingresar como profesa en el convento, era una barrera social y económica que resultaba prohibitiva para las candidatas de condición humilde. De ahí se derivan dos estilos de vida que separan a las religiosas pobres de las privilegiadas. Estas —las profesas—, que recibían el trato de reverendas, madres o doñas, llevaban una existencia regalada: Tenían cocinas, despensas y roperos en sus celdas y no pocas disponían de criadas a su servicio o novicias que las acompañaban como pupilas. Prerrogativas que se superponían a las preferencias en el coro, refectorio e iglesia. Por debajo estaban las serviciales o legas, hijas de familias pobres, que no podían pagar la dote. Ellas se ocupaban de los trabajos manuales más duros. Se entiende que la observancia en común tardase tiempo en imponerse. Hubo que esperar a la desamortización de 1836 —con la pérdida de patrimonio— para que las monjas cerrasen filas en torno a la igualdad, la observancia y la pobreza común. Una lucha de clases soterrada —como delatan las quejas, descontentos y reivindicaciones— disuelta en el común de la marginación y la miseria general.

El libro ofrece una estructura armónica y bien equilibrada. Se inicia con los antecedentes históricos de Santa Clara y sus reglas, para centrarse acto seguido en la fundación del Monasterio en Murcia en 1266 y su desarrollo posterior. Los capítulos II y III diseccionan el entramado conventual: gobierno, organización del trabajo, gestión económica y patrimonio. Ilustran la elección, mandato y competencias de las abadesas; los diferentes cargos y los equipos de gobierno; las novicias y profesas; los oficios preferentes, como las organistas y cantoras. Prestan atención a la periódica supervisión de la comunidad conventual, primero por la jerarquía franciscana y —tras los decretos de exclaustación— por los obispos de la Diócesis de Cartagena. A enfatizar la indagación sobre las hermanas serviciales o legas, un aspecto soslayado casi enteramente por la historiografía disponible y que ahora se perfila con detalle: estatus, extracción social, funciones, estilo de vida e integración en la comunidad. No se descuidan los mayordomos-administradores ni la gestión sospechosa de algunos de ellos como tampoco la formación del patrimonio clariano —dotes, donaciones, arrendamientos, alquileres, censos y juros— y su evolución y decadencia con la desamortización. A tan delicada situación se pondría fin con la reconversión económica que alienta el Concordato de 1851 sobre el triple pilar del trabajo socialmente útil, normalización en el abono de pensiones y recepción de nuevas dotes y legados.

Los capítulos IV y V ofrecen las historias de vida de las abadesas, distinguiendo las del Antiguo Régimen de aquellas que sufrieron el impacto de la exclaustación, las desamortizaciones y la secularización. Ajustadas semblanzas de unas

mujeres dotadas de gran personalidad y pegadas a la sociedad de su tiempo, con sus virtudes y defectos terrenales. De origen, formación y talante muy diferentes, debieron arrostrar situaciones complejas y difíciles en tiempos de cambios rápidos y profundos. Un enfoque brillante que conecta a estas mujeres con la sociedad murciana y suresteña general.

El capítulo VI extiende las biografías a los vicarios, capellanes y otros clérigos y laicos en Santa Clara. Se suman los sacristanes, como operarios necesarios; los confesores, directores espirituales y predicadores conventuales; con ellos los laicos: educandas, donados, sirvientes, operarios, *señoras de piso* y médicos.

El capítulo VII se reserva a la proyección exterior de Santa Clara la Real. Es un cuadro costumbrista, en torno a objetos, personas, amistades y festejos, que ayudan a comprender el entorno social del Monasterio dentro y fuera de la ciudad. Se aborda la comunicación con el mundo: la puerta reglar, el torno y el locutorio; los familiares de las monjas; los obispos y otros clérigos y, a inferior nivel, arrendatarios de bienes del monasterio, religiosos y ex religiosos, frequentadores de cultos en el templo conventual y vecinos del entorno. A través de todos ellos las religiosas estaban al día de cuando acontecía puertas afuera. No se descuida el impacto de la casa profesa en la ciudad: festividades, devociones, hermandades y beneficencia, con especial atención a la fiesta de Santa Clara.

Un libro bien escrito, que subyuga. Historia científica sin renunciar a los valores literarios que son mimados hasta la perfección, con el recurso al exquisito ingenio que recrea los intramuros del convento: miradas cruzadas, olores, sentidos, amargas y pesares, humanidad en fin, a veces, sólo a veces, trascendente.

El texto —excepcional por tantos aspectos— se completa con esclarecedores organigramas y una ajustada tabulación de elementos cifrados, que encuentra traducción en un bien elaborado cuerpo de gráficos. Las fuentes son otro capítulo a subrayar, empezando por la documentación inédita conservada en una treintena larga de archivos locales, regionales, nacionales y extranjeros, incluido el Archivo Secreto Vaticano. Sobresalen los fondos procedentes del Monasterio de Santa Clara la Real, el Diocesano de Cartagena-Murcia y el Histórico de la Región de Murcia. Se añade la documentación impresa —normativas, censos, pastorales, exhortaciones, mandatos, informes, testimonios y tratados conventuales— y las fuentes hemerográficas. La bibliografía consultada, como nos tienen acostumbrados estos autores, agota la temática contemplada. A destacar el utilísimo índice onomástico-analfítico que cierra el libro y que ayuda, sobremanera, al ágil manejo del denso volumen.

Pedro M.^a Egea Bruno
Universidad de Murcia

